

EL EQUILIBRIO DE PODER EN LA SOCIEDAD *

FRANK TANNENBAUM

Columbia University

EN su celo por hechizar al mundo, los comunistas están incomodando a los demócratas tradicionales al tomar para sí sus lemas e insistir en que ellos (los comunistas) son más “democráticos” que los demócratas tradicionales. Prometen al individuo un estándar de vida más elevado, una participación mayor en los bienes de este mundo, una verdadera “paz de los pueblos” y una felicidad más asegurada. Los demócratas de la vieja tradición sólo pueden responder que la oferta de los comunistas es espuria y la promesa falsa, que bajo la nueva distribución los hombres serán más pobres en bienes mundanos y perderán además su libertad. Pero si el razonamiento parece colocar a los demócratas tradicionales a la defensiva es porque ellos y los comunistas beben en una fuente común de ideas y creencias —sólo que los comunistas insisten en que los demócratas tradicionales están traicionando la fe—. La dificultad está en el hecho de que ambos aspiran a la felicidad, creen en el progreso continuo, prevén la perfección del hombre como un supuesto inherente y da por sentado que el mundo perfecto es idéntico a uno estático. El ideal de los economistas de “la competencia perfecta” y el ideal de los comunistas de “una sociedad sin clases” son hijos bastardos de la misma aspiración de alcanzar un orden social inmutable. La meta del Estado y del hombre perfectos se halla tanto en los principios democráticos tradicionales como en los postulados comunistas, porque en ambos existe el supuesto de un universo completamente maleable, tan flexible a la voluntad humana que podría forzársele a obedecer el camino que los hombres le han trazado. Los demócratas tradicionales quieren alcanzar sus fines por medio de la acción individual y los comunistas por la colectiva; pero tal supuesto de un mundo comple-

* Colaboración especial del autor. La versión en inglés se publicó en el *Political Science Quarterly*, Vol. LXI, Núm. 4. Diciembre de 1946, pp. 481-503.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

tamente maleable al deseo del hombre ni es consonante con la naturaleza de la sociedad, ni explica de manera adecuada el papel que juega el hombre dentro de él.

La sociedad no es completamente maleable a la mano del hombre. Por el contrario, está poseída por una serie de instituciones irreductibles y perennes, que a la vez describen al hombre y definen la función básica que desempeña. Aun en su estado más primitivo el hombre siempre forma parte de una comunidad, y sólo así se le encuentra. No lo conocemos en aislamiento. Más que eso, siempre lo hallamos en posesión de un lenguaje, sin el cual no podría simbolizar el universo a su alrededor y a falta de lo cual no podría llamársele hombre. Pero no es simplemente un miembro de una comunidad. La antítesis entre el hombre y la sociedad, como muchas otras construcciones intelectuales, es una simplificación engañosa y perjudicial, pues en toda sociedad, aun en la más primitiva, existe siempre un número de instituciones orgánicas a la sociedad misma. La familia, la iglesia y el Estado, para mencionar solamente las más evidentes, pertenecen al modelo, incluso por sus demandas sobre el individuo, e involucran a su vez la estructuración visible de una experiencia inconmensurable. El hombre, tal como lo conocemos, no es, por consiguiente, un mero producto de la sociedad; es hijo de un complejo sistema institucional que condiciona su supervivencia y erige el escenario en que se desarrolla el drama de la vida misma. Estas instituciones, que prevalecen a través del tiempo, se manifiestan en formas casi infinitamente variables, pero siempre llenan la misma función, la de la estructuración de experiencias y necesidades humanas sin medida, dándoles una función visible en la cultura. La familia, en todas sus innumerables formas y complejidades, ha cumplido siempre la tarea de criar a los niños, educándolos y preparándolos para su incorporación a la comunidad más amplia. La comunidad puede haber sido salvaje, primitiva o civilizada, simple o compleja, sedentaria o nómada, organizada en pequeñas villas o grandes naciones; pero siempre una serie bien definida de relaciones, responsabilidades, compromisos y expectativas ha determinado cómo y por quiénes deben ser cuidados, ayudados e instruídos los niños. La familia puede haber variado en forma y magnitud, pero siempre ha desempeñado el mismo papel en relación con la sociedad. La

EL EQUILIBRIO DE PODER

misma supervivencia de la sociedad ha estado condicionada por el cumplimiento de estas responsabilidades.

Si la familia ha persistido a través del tiempo, así también la iglesia. Esta se define aquí como la serie de experiencias, creencias, actitudes, tabúes y prácticas que, consideradas en su conjunto, dan al hombre un sentido de identidad dentro del universo, puesto que siempre ha tenido una descripción implícita o explícita del mundo y de su lugar en él y una pauta de conducta que simbolice esa relación. La experiencia religiosa, al igual que la familiar, es incommensurable respecto de cualquier otra. El indio místico de Chichicastenango, que asciende la escalinata de la iglesia a veces de rodillas, balanceando un incensario, y que una vez en ella, inclínase ante el santo de su devoción, hablando con él durante un hora, arguyendo, suplicando, mendigando o, en inflamada gesticulación, casi gritando, y algunas veces arrojando excitadamente pétalos de rosas como si lo desafiara, le besa humildemente los pies, encendiendo algunas luces ante él, y, como si no fuera suficiente, pidiendo permiso a uno u otro grupo de indios, que están arrodillados y rogando en algún lugar especialmente sagrado, para reunírseles en su devoción —ese indio puede encontrar únicamente en la iglesia la materialización de su fe. Este sentido de la humildad, del aislamiento y de la soledad en el mundo puede encontrar fuerza y paz sólo a través de una serie constante de actos y prácticas que establezcan un sentido de contacto continuo entre el hombre y lo desconocido. La iglesia ha llenado esta función en la vida del hombre desde un principio y, de acuerdo con la naturaleza del caso, esta función no puede ser satisfecha por ninguna otra institución. Como la familia, ha sobrevivido a múltiples culturas diferentes y en cada una de ellas y en formas variadas ha llenado la misma necesidad inevitable y orgánica: la de dar a la vida un significado haciendo al hombre parte del universo.

Si la familia y la iglesia han probado ser perennes en la experiencia del hombre, también lo ha demostrado el Estado. En una u otra de sus incontables variables, el Estado ha desempeñado la misma función básica: la defensa de la comunidad contra los enemigos exteriores y el mantenimiento de una apariencia de paz interna. La efectividad del Estado ha variado, pero la expectativa, el hábito y la estructuración implícita o explícita de la sociedad al rea-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

lizar estos fines han condicionado la supervivencia social. La pauta interna que ha definido la responsabilidad para el cumplimiento de estas tareas necesarias ha producido una gran diversidad de tipos de Estado, pero, cualquiera que haya sido la estructura, la necesidad y experiencias esenciales que han involucrado no han variado.

Si las instituciones siempre han sido múltiples y han demostrado ser irreductibles, es porque las experiencias que representan son inconmensurables. Sin embargo, no han sido solamente múltiples e irreductibles, sino también competitivas. Cada una de las instituciones en su propia lógica interna tiende a abarcarlo todo, pretendiendo dominar al hombre por entero y mostrando una fuerte tendencia a asumir toda la responsabilidad del gobierno de la sociedad. Para ilustrar el problema basta echar una ojeada al papel de cualquiera de estas instituciones en condiciones que favorecieron su completo desarrollo. Si consideramos a la iglesia europea en la cima de su poder, cuán vasta es su función y cuán variadas son sus responsabilidades. ¿Qué es lo que no caía dentro del ámbito de la iglesia? Desde el instante en que el niño nacía —o aun antes de que naciera, porque el matrimonio podía tener lugar únicamente dentro de la iglesia— hasta el momento en que el hombre era sepultado, porque sólo podía ser enterrado por la iglesia y en un cementerio santificado por la misma, el individuo vivía dentro de la órbita señalada. Sus creencias le eran inculcadas por la iglesia; moral, ética, política, derecho, teología y filosofía le provenían de ella. En su vida social, la iglesia señalaba sus días de fiesta, sus días santos y prescribía la forma y carácter de sus festivales; influía en sus diversiones, su indumentaria y en su alimentación. En su vida económica, gravaba sus ingresos (el diezmo), definía lo admisible y lo no admisible en la actividad de sus negocios —tal como la limitación de la tasa de interés—, influía en la distribución de la propiedad substrayendo parte de la misma a la aplicación de las leyes impositivas ordinarias, acumulándola y retirándola de la posesión privada y del mercado y recolectando dinero para la construcción de templos, monasterios, catedrales y conventos. En derecho, se adueñó, a través del desenvolvimiento del derecho canónico de una función creciente en la definición y castigo de una gran variedad de actos civiles y criminales. En la política tenía como función la de coronar reyes y la de liberar a los sujetos de su lealtad a la corona; de esta guisa desempe-

EL EQUILIBRIO DE PODER

ñaba en realidad la parte realizada por una revolución. Era el mayor patrocinador de las artes —la pintura y la música fueron influídas por la iglesia y ejecutadas para su mayor gloria. La iglesia estableció el estilo en la arquitectura. Sus numerosos claustros, monasterios y colegios llegaron a ser los centros de enseñanza, y todos los eruditos quedaron obligados hacia ella y vivieron su vida escolar dentro de sus moldes, tanto física como espiritualmente. La iglesia fué también la mayor fuente de bienestar social: los hospitales estaban bajo su control y eran dirigidos por grupos especiales de enfermeras organizadas en órdenes religiosas; sostenía orfanatorios y asilos para ancianos; el desvalido —el débil, el ciego, el lisiado y el pobre— encontraba refugio dentro de sus muros y socorro en sus establecimientos. Nada en la sociedad quedaba fuera de la órbita de la iglesia.

Si examinamos ahora al Estado contemporáneo, resulta también claro que pretende abarcar todas las responsabilidades, prerrogativas y poderes mundanos, antes ejercidos por la iglesia. El Estado, como la iglesia, extiende un manto protector sobre el individuo antes de su nacimiento, insistiendo en que únicamente él puede legitimar un hijo por el matrimonio, e impone normalmente muy serios obstáculos a la ilegitimidad. El matrimonio sólo puede ser efectuado por personas autorizadas por el Estado y mediante el pago de una retribución prescrita legalmente. El niño sólo puede ser atendido por una partera, enfermera o doctor autorizado por el Estado; y éste asume facultades sobre el niño en caso de abandono o incompetencia de los padres. En algunos casos extremos puede quitar al niño a los padres y hacerlo gravitar sobre los gastos públicos o permitir su adopción. A una edad temprana, el Estado señala el ingreso del niño a la escuela, prescribe el tipo de estudios, prepara, autoriza y paga a los maestros, proporciona los edificios en que debe impartirse la instrucción, selecciona los libros de texto, mantiene una clínica para cuidar de la salud del niño, y puede aun proporcionarle alimentos, además de transportarlo entre su hogar y la escuela. Especifica e intenta controlar las ideas en las cuales el niño puede ser iniciado y las lealtades esenciales con que debe ser dotado.

El Estado, como la iglesia en otros días, influye en lo que el individuo puede o no hacer, la cantidad que puede ganar, la profesión que puede seguir. El tipo, número y variedad de reglas por las cuales el Estado encauza las actividades económicas del individuo

EL TRIMESTRE ECONOMICO

son tantas que casi no podrían listarse. Incluyen la clase de enseñanza vocacional, profesional y cultural que ofrecen las escuelas, los múltiples sistemas de licenciatura, titulación y examen que determinan la competencia para ganarse la vida como doctor, maestro, abogado, ingeniero o chófer —porque uno no puede ni siquiera dirigir un automóvil sin un examen y la respectiva licencia. El Estado concede autorización al carnicero, al panadero y al dulcero; y el mendigo debe tener su membrete oficial antes de que pueda exhortar al transeúnte a recordar la virtud de la caridad cristiana. El Estado influye y limita lo que un hombre puede ganar por sistemas impositivos, abiertos y ocultos, tales como aranceles, cuotas, impuestos sobre ingresos y sobre el consumo, etc. Limita o impulsa la producción, otorga patentes, controla los precios, establece el tipo de interés, niega o concede créditos e interfiere en las relaciones comerciales entre los hombres fijando normas de contratación, forzando a los bancos a seguir determinadas políticas que afectan íntimamente las relaciones económicas entre los hombres, etc. Establece límites a la transferencia de la propiedad de padres a hijos por impuestos a la herencia, fija salarios y horas de trabajo, influye directa o indirectamente los precios, señala lo permisible por medio de un fárrago de disposiciones que reglamentan la producción, venta y distribución de alimentos y víveres.

Así también, en la vida social del individuo, establece limitaciones a lo permisible en modos y conducta mediante leyes que prescriben lo que es y no es decente; censura las películas, las piezas de teatro y la palabra escrita; da autorización legal a las salas públicas y los lugares de diversión; vigila las relaciones familiares, interviene entre padres e hijos, y entre marido y mujer; procura controlar el juego, la bebida y las relaciones sexuales extralegales. También las universidades han caído bajo la égida del Estado; los hospitales, enfermerías, orfanatorios y asilos de ancianos. Aun la caridad ha llegado a ser una función del Estado en gran escala, y el pobre, el débil, el lisiado y el ciego, alguna vez bajo la protección de la iglesia, son ahora un campo especial para el ejercicio de las facultades y habilidades que corresponden a un “departamento de salubridad pública”.

El Estado, como en otra época la iglesia, ha llegado a ser un mentor de las artes y los edificios públicos son decorados, algunas veces

EL EQUILIBRIO DE PODER

con resultados sorprendentes, por artistas retribuidos por él. El Estado patrocina la ópera y proporciona conciertos públicos y financia la orquesta nacional, provincial o citadina. En muchos lugares toda educación estética y artística está en sus manos.

Este catálogo podría hacerse indefinido, pero no hay nada en la vida del hombre en donde la soberanía del Estado no se ejerza o en la cual no intervenga. Es perfectamente claro que lo que la iglesia tenía bajo su jurisdicción en el pasado, ha sido absorbido en la actualidad por el Estado, y los medios modernos de comunicación y control probablemente han incrementado "la eficiencia" y minuciosidad de las interferencias estatales.

Pero este dominio y supervigilancia del hombre han sido, y en algunos lugares todavía lo son, ejercidos por la familia donde ésta es lo bastante poderosa. Cuando las condiciones han sido propicias, la familia, como en China, en ciertas partes del Brasil, en Escocia, o aun en Kentucky, ha tenido una influencia general en precisar el destino del individuo. La familia poderosa, tal como la conocemos, ha demandado para sí un control completo del individuo en cien diferentes lugares y épocas. Semejante familia es siempre grande, poseedora de innumerables parientes, asociados y dependientes. A través del matrimonio, el apellido se extiende sobre una provincia entera y no hay nadie que lo dispute en su propio terreno. Si el Estado es lo bastante fuerte para nombrar un gobernador de la provincia, éste siempre es un miembro de la familia. La milicia local está en manos de la familia, los jueces son parientes y el recaudador de impuestos, si muestra su faz, está estrechamente emparentado. Toda la actividad económica de la región está en poder de la familia. El cura es algún hijo prometedor y destinado a esa vocación, expresamente entrenado para realizar esa función para el mayor honor de la familia. La iglesia está construída sobre terrenos familiares, a expensas de la familia y el cura recibe su sueldo de las arcas familiares. El forastero es un ser ajeno, un pasajero que vive en el área o pasa por el dominio de la familia por una deferencia especial. La ley, la justicia, el orden y las disciplinas sociales están en manos de la familia y los hijos son mandados a la escuela, casados, asignados a vocaciones y colocados en sus puestos de manera perfectamente natural. Los parientes más distantes y los criados encuentran su función dentro de tal modelo y la aceptan como regla inmutable de la

EL TRIMESTRE ECONOMICO

vida. En muchísimos casos, en muchas partes del mundo, ser miembro de tales familias era todo el honor que un hombre necesitaba, exigía y recibía una devoción mayor que la que pudo proporcionarle la iglesia o el Estado. Hubo una época, no muy lejana, en que uno más bien prefería ser miembro de uno de los grandes clanes escoceses —un Douglas, por ejemplo— que un nativo de la misma Escocia. Del mismo modo que la iglesia y el Estado en diferentes épocas se han encargado del individuo desde la cuna hasta la sepultura y prescrito tanto su destino espiritual como el material, así también la familia ha tenido la misma función histórica.

Estas instituciones perennes, estructuradas en torno a las infinitas experiencias del hombre, pretenden todas tener a su vez exclusividad sobre el hombre. Es miembro de cada una de ellas y no puede eludirlas. El verdadero contenido de su vida se encuentra dentro de su marco y su demanda sobre él es total en cada caso. Sin intentarlo deliberadamente, estas instituciones, con su insistencia improyectada de llenar la necesidad que representa la única experiencia sobre la cual están estructuradas, tienden a abarcar toda la vida del hombre. Compiten no sólo por su lealtad, sino también por el ejercicio de innumerables responsabilidades y funciones y la satisfacción de las incontables necesidades y aspiraciones que la vida del hombre genera en el mundo. La dificultad está en el hecho de que, con todo y su complejidad es un terreno limitado, y en que lo que una institución realiza y toma para sí misma es a expensas de otra. Cuando el Estado toma para sí el sistema educativo, lo sustrae a la iglesia; cuando se encarga de iniciar a los niños en la escuela, adquiere el poder de decisión de la familia. Lo que es cierto de la educación lo es del matrimonio, lo que es verdad de las leyes suntuarias lo es del cuidado de la juventud y de la vejez. Cada vez que el Estado asume una nueva responsabilidad previamente ejercida por otra institución, lo hace a costas de ésta, tanto material como espiritualmente. A medida que el Estado se fortalece, la iglesia y la familia se debilitan relativamente; y cuando la iglesia o la familia son fuertes, las otras instituciones son relativamente débiles.

Estas instituciones, todas al servicio del hombre, compiten entre sí, y el conflicto entre ellas es de hecho irremediable. Por consiguiente, la fricción y la inestabilidad institucionales son el estado normal de la sociedad y la esperanza de paz y tranquilidad es un

EL EQUILIBRIO DE PODER

sueño ocioso. La competencia, el desequilibrio y la fricción no son simplemente fenómenos continuos en la sociedad, sino que son prueba de vitalidad y “normalidad”. Revelan una relación institucional saludablemente competitiva en que a ninguna se le permite el dominio completo de la escena; pues en tales circunstancias la paz representada por el dominio de una institución sobre las demás es insana, demuestra la falta de elasticidad de las demás instituciones y es indicio seguro del desenvolvimiento de una tiranía. La paz formal representada por el poder de una institución sobre todas las otras es sinónimo de muerte. No es casualidad que Hitler minara la familia y la iglesia, despojándolas de todas sus funciones características; y no lo es porque la tiranía es hija de la preponderancia de una institución sobre las demás. La supresión y destrucción total de las otras instituciones nunca ha ocurrido y, en la naturaleza del caso, no puede acontecer, porque las experiencias que estas instituciones representan son tanto irreductibles como infinitas. Pero si bien estas instituciones no pueden ser suprimidas por completo, es una amplia realidad histórica que una u otra pueden debilitarse, dando por resultado que el desequilibrio se manifieste como una tiranía y termine —como siempre ha sucedido— en violencia, convulsión, revolución y, en las circunstancias actuales, en guerra entre las naciones. El debilitamiento de las otras instituciones normales de una sociedad sana parece ir acompañado de una serie de pasiones políticas y perversiones morales que deforman los valores simples compatibles con un orden social equilibrado, y el desorden consecuente parece llegar a abarcarlo todo.

Pero si la inestabilidad, la competencia y la fricción entre las instituciones es inevitable y continua ¿qué sucede con la teoría del progreso? Es evidente que el Estado progresa a expensas de la iglesia y la familia, la iglesia a costas de ésta y del Estado, y la familia a expensas de las otras dos instituciones aquí consideradas. No hay manera de que las tres puedan desarrollarse —esto es, aumentar al mismo tiempo el grado de sus actividades e influencias. El “progreso” contemporáneo del Estado y su creciente absorción de las actividades y las funciones de las otras instituciones naturales al hombre y a la sociedad están reduciendo la función de estas últimas.

Lo que ahora se dice acerca del Estado pudo haberse dicho en tiempos pasados respecto de la iglesia o de la familia. El equili-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

brio entre estas instituciones es siempre difícil y cambiante. El “progreso” social como concepto general llega a ser una trampa y una ilusión. El fácil autoengaño en que incurre el hombre —la feliz tendencia de suponer que lo que los hombres hacen ahora es mejor que lo que hacían antes, que los lemas contemporáneos tienen algunas excelencias peculiares que no tenían los de ayer— le hace siempre imposible a aquéllos cuyas cabezas han sido llenadas desde la infancia con el evangelio del “progreso”, encarar la posibilidad de que éste se haga a expensas de las otras instituciones igualmente importantes al bienestar social e igualmente queridas por los corazones de los hombres.

La dificultad es aún más profunda: reside en el hecho de que por muchas generaciones los hombres han supuesto que el “progreso” es lineal, de que siempre es hacia adelante y de que es por su propia naturaleza integral e infinito. Es otro ejemplo de la apropiación de una descripción aparentemente aceptable de lo que parece ocurrir en las ciencias: la acumulación progresiva de conocimientos, destrezas y percepción en las formas de actuar de la naturaleza y la competencia acumulativa para hacer la tarea mejor hoy que ayer. La creciente efectividad de las armas, desde la maza, pasando por el arco y la flecha, la pica, la escopeta, el cañón, la ametralladora y la bomba atómica, cada una más eficiente y más destructiva, al grado de que el uso de ésta puede hacer progresar a los hombres hasta borrarse de la faz de la tierra, puede describirse como un progreso en línea recta en una cadena sin fin hacia el éxito infinito. Así también puede decirse del curso de las invenciones en los transportes, donde el hombre empieza a pie, amansa y monta la bestia de carga, inventa la rueda y construye el carro, la bicicleta, el automóvil y, en tiempos más recientes, el aeroplano, cada uno aumentando la distancia que el hombre puede salvar y reduciendo el tiempo requerido para salvarla, al grado de que con las velocidades contemporáneas existe la posibilidad de que un proyectil lanzado al espacio atravesase éste con tal velocidad que habrá alcanzado su destino en un tiempo de travesía tan corto que su arribo y partida parecerán simultáneos. Esto quizá también puede describirse como progreso en línea recta, infinitamente acumulativo. Al conservarse natural y comprensiblemente estas nociones, se ha obscurecido el problema de que, aparte de los cambios materiales, el crecimiento institucional ocurre sólo en

EL EQUILIBRIO DE PODER

una situación de competencia institucional y que tiene lugar únicamente a expensas de otras instituciones sociales igualmente importantes. El concepto, si ha de usarse —y en el mundo occidental parecería casi imposible no usarlo— sólo puede significar movimiento hacia el equilibrio entre las instituciones sociales. Si cada una de éstas está estructurada sobre una experiencia esencial e inconmensurable, entonces la buena vida sólo es posible en un mundo donde los hombres pueden vivir en paz dentro de todas las instituciones orgánicas a la sociedad, y el progreso puede entonces llegar a significar progreso en el método de reducir el área de desequilibrio que siempre está presente. Aunque el equilibrio perfecto no es alcansable, sí es posible un equilibrio viable; y el logro del mismo bien podría considerarse como la gran tarea estadista, el verdadero propósito del gobernante y el problema principal de la teoría política y de la ética social.

Si la idea del progreso llega a estar sujeta a profundas modificaciones a la luz de la fricción irreductible entre las instituciones sociales básicas, la naturaleza de la función de la propiedad, tan estrechamente identificada con la idea del progreso social, está sujeta de un modo similar a reconsideración. Cuando la iglesia es fuerte y se robustece, acumula, y tiene que acumular, una parte creciente de la riqueza y del ingreso de la comunidad. La construcción de iglesias, monasterios, hospitales, universidades, orfanatorios y asilos para ancianos, su manutención y su personal, y muchas otras obligaciones y funciones que de modo natural caen dentro del ámbito de la iglesia, cuando es una institución grande y creciente, requieren un control acumulativo del capital y del ingreso disponibles de la comunidad. Cuando el Estado se vuelve poderoso, procede a absorber una parte creciente de la propiedad, que toma de las otras instituciones. Toma de la iglesia —por fuerza si es necesario—, desviando ingresos de las fuentes de la iglesia, a través de permisos y otros medios, del ingreso que podría ir y habría ido a la iglesia y, finalmente, lo toma de la familia, por la imposición de múltiples gravámenes —desde un impuesto sobre cigarrillos hasta un impuesto sobre la herencia. Si el Estado ha de mantener escuelas, universidades, hospitales, orfanatorios, asilos para ancianos y muchas otras actividades, sólo puede hacerlo asegurándose una proporción creciente tanto de la propiedad como del ingreso de la comunidad. En realidad, no hay otro camino, salvo el de no asumir tan múltiples responsabilidades.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Este proceso es también observable en la historia de la familia. Cuando la familia es poderosa y preponderante, es rica y mantiene para sí toda la propiedad que puede. Difícilmente existe una familia poderosa que sea pobre. El poder va acompañado de la responsabilidad y la responsabilidad del ejercicio de funciones infinitamente variables. Y tal regla está condicionada por la posesión de propiedad e ingresos. La propiedad es instrumental a la institución. No es una cosa en sí misma. Pero si la principal función histórica de la propiedad es instrumental a la institución, entonces la interpretación económica de la historia, la teoría de la lucha de clases y el concepto del materialismo dialéctico están todos sujetos a reconsideración.

Los continuos cambios tecnológicos son importantes en su influencia sobre la función relativa de las distintas instituciones, facilitando su crecimiento o decadencia. Aun cuando las transformaciones en la técnica no son la única causa del cambio social en el sentido de aumentar las posibilidades de crecimiento de una institución frente a otra —como, por ejemplo, las comunicaciones han facilitado patentemente el desarrollo del poder del Estado moderno— son, sin embargo, una causa muy importante de tal cambio. Al menos en tal medida, podría asegurarse que una tecnología cambiante, que conduzca a una posición cambiante de las instituciones entre sí, también afecta la transferencia de propiedad de una institución a otra, porque el ejercicio de la responsabilidad entraña la acumulación de propiedad y esta acumulación a su vez el ejercicio creciente de la responsabilidad. Sin embargo, es muy diferente asegurar que una tecnología cambiante produce una estructura de clases también cambiante y una nueva modalidad de la lucha de clases.

La idea misma de la lucha de clases está sujeta a revisión, ya que este concepto es una fórmula verbal derivada de viejas ideas inherentes a la teología europea y nada tiene que ver con la descripción de la sociedad industrial, aunque bien podría referirse a una comunidad agrícola más estática. Es una construcción verbal propia de una noción preconcebida de la naturaleza del “progreso” y tiene implícito el apego de la fatalidad histórica. Es realmente una parte de la teología europea traducida a términos mundanos.

Si la idea de una división horizontal de la sociedad en clases es inadecuada para una descripción del conflicto social, esto no niega la existencia del conflicto, tanto entre las instituciones como dentro

EL EQUILIBRIO DE PODER

de ellas. Entre las instituciones el conflicto es moral, psicológico y político, por la dirección y gobierno del hombre. Internamente hay en las instituciones disputas multiformes que pueden considerarse como el conflicto de numerosos intereses. Mas estos conflictos son continuos e inevitables. En la familia existen diferencias entre los viejos y los jóvenes, los sanos y los enfermos, los padres y los hijos, y la lucha abarca toda la gama de problemas que presenta la vida. Y no hay manera de dar fin a esta pugna interna. En la iglesia, el estado seglar y el estado eclesiástico, el alto clero y el parroquial y las diferentes órdenes religiosas también riñen continuamente entre sí. En este caso el conflicto es otra vez filosófico, moral y político y no simplemente económico. Siempre existe el problema de cuánto y qué clase de responsabilidad pueden ejercer los diferentes individuos y grupos dentro de las instituciones y sobre qué base moral puede justificarse su poder.

Lo que es cierto de la familia y de la iglesia lo es también dentro del Estado. Los ciudadanos critican a su gobierno, se oponen a su política fiscal, objetan la conscripción y se burlan de los controles de precios. La fricción entre los ciudadanos y el Estado es constante. Dentro del mismo gobierno, los servidores públicos civiles están en pugna con los funcionarios elegidos, los burócratas menores condenan a los mayores y los departamentos gubernamentales compiten por el poder, por una mayor participación el presupuesto y por la influencia pública. Ningún departamento cree poder cumplir su cometido con los recursos y el personal disponible; pero el conflicto en este caso no es puramente económico, sino también moral, político e ideológico. La pugna es dentro de las instituciones, pero su naturaleza es análoga a la de los conflictos familiares.

En gran medida, es lo mismo que acontece en la lucha contemporánea entre el trabajo y el capital. El hábito derivado de la teología cristiana de establecer diferencias en términos absolutos ha oscurecido los problemas planteados, y lo que es en realidad un conflicto institucional interno se ha definido como guerra de clases, con resultados previstos de antemano. Un conflicto institucional interno ha sido ungido con los atributos de una batalla entre el bien y el mal, y el final del drama ha sido calculado de tal manera, que en últimas cuentas el bien debe vencer, tal y como acontece en la teología cristiana de la que se derivó el concepto original. Sin embargo,

EL TRIMESTRE ECONOMICO

la lucha eterna es realmente entre el trabajo y el capital dentro de las grandes instituciones de la economía y las otras instituciones, es decir, la familia (padres e hijos), la iglesia (legos y clérigos) y el Estado (ciudadanos y gobierno). Si la institución de la economía (trabajo y capital) se ha tornado poderosa en tiempos recientes, esto sólo ha sido posible a expensas de la familia, el Estado y la iglesia. El problema se ha confundido porque la economía (trabajo y capital), a diferencia de la familia, el Estado y la iglesia, han llegado a la escena como una institución aparte, algo postrera en la experiencia humana.

El hecho, explicable históricamente, no modifica el carácter básico de la estructura social o de las fricciones inherentes. Simplemente añade otra institución al conflicto y por ello complica todavía más la competencia existente entre ellas. Como institución, la economía ha logrado un papel independiente únicamente en los últimos tiempos, ya que durante varios siglos, las actividades que la caracterizan estuvieron sumergidas en otras instituciones. Desde las primeras épocas —es decir, por lo que sabemos acerca de los pueblos salvajes y primitivos— encontramos un cuerpo completo de reglas aceptadas que definen tanto la propiedad de bienes como el cumplimiento de tareas específicas. Se podría hablar de todo un cuerpo de legislación social englobado en tabúes que niegan los derechos y obligaciones de los miembros de la comunidad, pero el cumplimiento de estas obligaciones tenía lugar dentro de la estructura familiar, dentro de la iglesia o dentro del Estado. En los más casos, fueron necesarios muchos siglos antes de que el trabajo, la propiedad, el comercio y la industria se divorciaran de las demás instituciones y llegaran a constituir actividades diferentes gobernadas por reglas distintas de las que regían a aquéllas otras. Hasta en las sociedades altamente organizadas, como las de Grecia y Roma y las culturas europeas anteriores al siglo xvi y aun posteriormente, la economía, si es que se le consideraba una empresa por separado y en marcha, tan sólo era una fracción de la actividad económica total de la sociedad, ya que la mayor parte del trabajo, del comercio, de la industria y de la propiedad eran todavía parte de la conducta diaria de las demás instituciones.

La precipitación de la economía como empresa en marcha y aparte, en una escala tan amplia como para permitirle madurar como

EL EQUILIBRIO DE PODER

una institución por su propio derecho, es en gran parte consecuencia de las múltiples transformaciones ocasionadas por la Revolución Industrial, lo cual logró por la absorción gradual de las funciones de otras instituciones que hasta entonces habían sido realizadas dentro de su órbita y por el aumento del número de hombres y mujeres que pasaban una gran parte de sus vidas, ya fuera como trabajadores, negociantes, industriales o capitalistas, fuera de las otras instituciones y fuera del alcance de las normas naturales de éstas. En realidad, las mores de las otras instituciones no se aplicaban a las actividades de la institución nueva, y así fué, al menos en parte, por la rapidez con que los hombres y mujeres estaban siempre desligados de sus antiguas amarras.

A medida que se desarrollaba, esta institución desplegó todas las características de las otras. Empezó a aplicar sanciones y a exigir su particular fidelidad. Originó una nueva serie de motivos para la actividad humana. En la medida en que pudo, se hizo cargo de la educación de los hombres, mujeres y niños. Exigió obligaciones especiales e introdujo nuevas reglas. Desafió al Estado, la familia y la iglesia, donde estas instituciones interferían con sus propias actividades, y reclamó para sí, conforme se robusteció, derechos y prerrogativas incompatibles con las demás instituciones. Mucho antes de que los sindicatos llegaran a ser poderosos, exigió del individuo y de las otras instituciones más o menos la misma clase de compromisos morales que el trabajo organizado les pide en nuestros tiempos. La gran industria, la corporación, el trust y el cártel, cuando se sintieron lo suficientemente poderosos, desafiaron a las otras instituciones hasta el punto en que llegó a ser materia de propia defensa encontrar medios de controlar y limitar las prerrogativas en que ahora insistía, y que ejercía este recién llegado al campo de la estructura institucional. Mucho antes de que los sindicatos llegaran a ser fuertes dentro de las nuevas instituciones, el Estado, la iglesia y la familia emprendieron una campaña contra él y le impusieron numerosas restricciones. El siglo xix y los albores del xx están llenos de casos de agitación social y de la legislación resultante a nombre de las otras instituciones destinadas a restringir y poner límites a la imperiosa economía consciente ya de sí misma.

El crecimiento de los sindicatos es en esencia un movimiento interno de la economía, de manera muy parecida a como es la rebe-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

lión de los ciudadanos contra el Estado o del seglar contra la iglesia. Desde el punto de vista de las otras instituciones, lo único que les concierne en la economía como institución es que la producción siga adelante a un precio y una calidad aceptables, y que, en el proceso, la economía no intente absorber las facultades y las actividades esenciales de su cuidado del hombre como ser moral y psicológico. Sin embargo, en el fondo la pugna continúa hoy que las uniones son fuertes igual que antaño cuando la industria era fuerte y los sindicatos débiles debido a que la nueva institución pretende lo mismo de las demás, a nombre del trabajo, que anteriormente a nombre del capital. Los sindicatos exigen ahora lealtad a sus miembros al igual que los patrones lo hacían ayer; los sindicatos desafían al Estado, expulsan a sus miembros (de la misma manera que eran despedidos por sus patrones) con el mismo efecto lamentable sobre el individuo donde el sindicato tiene monopolio. Los sindicatos participan en política, interfieren de numerosas maneras con la familia, atacan a la iglesia si ésta no los apoya (como ayer lo hacían los patrones), controlan los ingresos fijando los salarios, influyen sobre los ascensos a través de la antigüedad (como lo hicieron los patrones), imponen tributos a sus miembros, regulan los días de fiesta y las vacaciones de los mismos e influyen su política, sus ideas y su ética. Los sindicatos han llegado a ser los patrones del arte "proletario", de la música y de la literatura y, como las demás instituciones, tienen organizado un proceso completo para procurar los materiales de lectura y las ideas que sus miembros se espera quieran adquirir.

Se dirá que la lucha entre el capital y el trabajo es principalmente económica. No es realmente la lucha básica, porque el nivel de vida está determinado en última instancia por la producción y, si la producción es suficientemente grande, en una economía industrial, puede ser distribuída. Si no se distribuye no hay mercado; si no hay mercado no puede haber demanda, y si no hay demanda, no puede haber producción. La pugna del capital y el trabajo dentro de la economía no es sobre la producción sino sobre su control. Es un conflicto para determinar qué elementos dentro de la institución han de tener la mayor influencia en estructurar la orientación de la institución —una lucha que es característica de las otras instituciones, sobre todo del Estado y de la Iglesia. El conflicto interno de la economía seguirá adelante por mucho tiempo; de hecho para siempre,

EL EQUILIBRIO DE PODER

aun cuando disminuya la intensidad de las pasiones que se han venido generando y cambien los motivos de la lucha. El conflicto verdadero no es entre capital y trabajo; es entre la economía (capital y trabajo) y las otras instituciones, especialmente el Estado; porque si la economía continúa como durante los últimos años, tomará para sí un número creciente de facultades, responsabilidades y prerrogativas ejercidas actualmente por el Estado, y de hacerlo su actuación contra todas las demás instituciones se caracterizará por la misma arbitrariedad y tiranía que tanto la iglesia como el Estado mostraron cuando tuvieron preponderancia.

El conflicto social no es el resultado de una dicotomía, como lo afirmaría la teoría tradicional del conflicto de clases, entre dos fuerzas que libran una batalla inevitable, con un bando predestinado a la victoria y a destruir en el proceso al contrario. Es más bien un conflicto entre múltiples fuerzas en la cual ninguna puede realmente ganar la batalla —una batalla sobre la cual ningún final puede ser escrito—, porque el conflicto es parte de la vida institucional misma y el final del conflicto significaría realmente el fin de la vida misma.

El que los amplios problemas de la sociedad humana se hubiesen reducido a la simple fórmula de una dicotomía entre el bien y el mal es uno de los capítulos más extraños y notables de la historia intelectual de la Europa Occidental en los últimos tiempos. La fórmula marxista es un producto europeo, impregnado de la teología europea, que probablemente no hubiera podido originarse en ninguna otra cultura, a excepción de aquella en la que se hubiere aceptado, implícita o explícitamente, la creencia de que entre Dios y el Diablo existe una guerra eterna, en la que Dios es el destinado a ganar la batalla final, en que no es posible ninguna transacción con el mal, en que el final sólo puede lograrse mediante un cataclismo y en la que, cuando la batalla esté en su apogeo, concluiría la historia misma, porque en una sociedad sin clases, como en el cielo, no podría existir conflicto alguno y, por lo tanto, tampoco historia. Esta aceptación inconsciente de una división del universo en términos absolutos —trabajo y capital— sin ninguna base de arreglo entre los dos, con el trabajo como vencedor predestinado, como si el destino mismo hubiera conspirado para ese propósito, con la revolución substituyendo al cataclismo y con sociedades comunistas viviendo en eterna felicidad— es realmente una translación a términos mundanos de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

la teología subyacente en la doctrina cristiana, denominándola ciencia y economía.

Si esta aseveración cultural condicionó la tesis misma, la dialéctica hegeliana ofreció al materialismo dialéctico un importante instrumento intelectual, el materialismo dialéctico no es más que un disparate dialéctico. El marxista de tipo medio que adopta el materialismo dialéctico para utilizarlo en la lucha de clases ha supuesto un universo en el cual cualquier idea o fuerza sólo puede tener una consecuencia y ésta su forma opuesta —esto es, acepta que todo el resto de la naturaleza es un vacío y que sólo existen la tesis y la antítesis esperando la síntesis, la síntesis que en términos marxistas sería la sociedad sin clases. ¿Qué es esto sino la transferencia a las ciencias sociales de dicotomías del campo moral como las de correcto y erróneo, bueno y malo, y, de las ciencias físicas, nociones tales como noche y día, negro y blanco, caliente y frío, y la aceptación de que, de esta manera, sólo dos elementos opuestos gobiernan todo fenómeno social? Pero los hechos son completamente diferentes.

Las consecuencias de cualquier movimiento, idea o invento, están fuera del alcance o de la medida actuales, y tampoco hay manera de deducir cuál de las muchas influencias resulte ser la más significativa. Sería imposible, por ejemplo, tanto enumerar como describir con alguna aproximación todas las consecuencias de un invento tan reciente e inocente como el automóvil.

Un universo en el cual sólo hay dos fuerzas opuestas, una producto de la otra, en espera de la síntesis, es una ficción que no tiene base en la realidad y falsea la naturaleza del mundo que pretende explicar. Los hechos son completamente contrarios. Las fuerzas del mundo son numerosas, complejas y entrecruzadas y nadie es tan sabio como para ser capaz de desenmarañar la única fuerza que conforma toda la vida. No hay de hecho una sola fuerza, proceso o movimiento. Cada suceso se confunde en una compleja madeja en la que está trenzado y unido con todos los demás. La síntesis no necesita ser esperada, puesto que ocurre todos los días, y el mundo es distinto cada amanecer —es decir, el equilibrio entre las instituciones básicas está siempre variando y cada acontecimiento tiene su parte en el proceso cambiante. Además de la falacia de suponer sin fundamento un vacío en el que la tesis y la antítesis pueden edificar su destino, esta noción adolece de la idea implícita de que la síntesis,

EL EQUILIBRIO DE PODER

cuando ocurra, produce un estado de perpetuo reposo. Al igual que la doctrina de la lucha de clases que en ella se apoya, el materialismo histórico está embarazado con la idea de la paz eterna —es decir, la muerte.

Si, entonces, un análisis institucional de la sociedad es incompatible con los conceptos del materialismo dialéctico y la idea de la lucha de clases, también pone en duda toda una serie de doctrinas políticas apoyadas en la antítesis del hombre y la sociedad que ha hechizado por tanto tiempo a la teoría política. En vista de lo anterior, es necesario reconsiderar la doctrina de la evolución en su aplicación a la sociedad, del concepto de la armonía de intereses, la filosofía de los derechos naturales, el principio de utilidad y la creencia común de que la nación es el gran principio organizador. En vez de ello, se sigue que el gran desiderátum es lograr una aproximación, aun cuando siempre cambiante, al equilibrio entre las instituciones en conflicto. La lucha se acepta como normal y como evidencia de salud social y, en consecuencia, como un bien social. Niega a cualquier institución el poder para destruir a las demás y, por esta razón, pone un límite a sus ambiciones de asegurar el dominio y la paz absolutos, lo cual se identifica aquí con la tiranía. Si lo imposible sucediera y una institución destruyera a las otras, tendría que asumir las funciones de éstas, porque ellas están estructuradas alrededor de una experiencia inconmensurable, y vuelven a crear, por tanto, quiérase o no, las divisiones y tensiones que intentaban eliminar. La transacción llega a ser la verdadera ley de la política. Ningún interés puede ser negado en absoluto, ni tampoco la victoria puede ser absoluta por completo. Todas las mayorías son transitorias, todas las reformas son aceptadas condicionándolas a la supervivencia de una activa oposición y, por la naturaleza del caso, todo gobierno llega a interesarse en los detalles de las relaciones entre las instituciones.

La revolución es en consecuencia el resultado del excesivo poder de una institución. En una sociedad bien equilibrada en que las instituciones mantienen en jaque a cada una de las otras, el hombre vive en relativa paz. Sus grandes problemas son relativos, sus conflictos son acerca de detalles y los adversarios viven juntos como amigos, pertenecen al mismo club, asisten a la misma iglesia y se casan en el seno de las mismas familias. Pero tan pronto como una de las instituciones, sea el Estado, la iglesia, la familia o la econo-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

mía, llega a ser tan fuerte que parece amenazar la supervivencia de las otras, entonces los problemas dejan de ser insignificantes, susceptibles de transacción y los argumentos se convierten en preludios de guerra civiles y revoluciones. Las afirmaciones en pugna entre los partidarios de una u otra institución adquieren un carácter ideológico; las diferencias entre ellos parecen absolutas y las pequeñas disputas llegan a ser símbolos del conflicto principal. La gente comienza a hablar como si el final estuviese a la vista, como si el juicio final estuviera aguardando a la vuelta y la esperanza de paz —la vieja paz— desaparece, y con ella la tolerancia, la suavidad y la simpatía humana. La vida deja de parecer importante o de tener algún valor especial. La causa, cualquiera que sea o como quiera que se llame, predomina sobre todo lo demás y se aprestan rápidamente los hombres a la muerte sea la de sí mismos o la de sus enemigos —como si la tierra no fuera suficientemente amplia para contenerlos a todos.

La guerra civil y la revolución vienen casi como un alivio, porque entonces parece que las cosas se arreglarán para todos los tiempos. En esa situación no hay transacción, y la rebelión, la revolución o la guerra civil son una consecuencia lógica, inevitable y supuestamente necesaria de las pretensiones del absolutismo en nombre de uno de los intereses institucionales. En fin de cuentas se restablece alguna forma de equilibrio entre las varias fuerzas en juego y la vida puede seguir otra vez un camino normal —con pequeñas disputas sobre los problemas inmediatos y sin que nada parezca tan profundamente trágico como para exigir la destrucción de aquéllos que no están de acuerdo.

Es desde luego cierto que todas las instituciones contienen el germen de la soberanía general sobre todas las demás, pero, si la oposición es efectiva, la sociedad puede vivir indefinidamente en una fricción pacífica, en un mundo que no parece ir a ninguna parte y que no parece tener ninguna filosofía o creencia absorbente, ningún ideal apasionante que lo guíe más allá de la razón o de la debilidad humanas, y otorgue a algunos de sus líderes la propiedad de actuar como dioses, de trabajar para la eternidad, o de sentirse impulsados por revelaciones o por intuición a forzar a los hombres a aceptar su nueva fe en el Estado, en la iglesia o en la economía a cualquier costo, a cambio de cualquier sacrificio.

El camino hacia la paz social es el equilibrio de las instituciones

EL EQUILIBRIO DE PODER

sociales y un estadista sabio debería fortalecer las instituciones que parecieran estar perdiendo terreno, aun cuando no fuera adicto a ellas; porque el único camino para la paz en este mundo de naturaleza humana falible es el de mantener a todas las instituciones humanas relativamente fuertes, pero ninguna demasiado poderosa, y relativamente débiles, aunque ninguna tan débil como para hacer perder la esperanza de que sobreviva. Sólo así pueden mantenerse la agitación y la lucha pacíficas, tan esenciales para la salud social e individual.

La democracia es el vehículo natural para este propósito porque más que una doctrina es esencialmente un proceso. Es una manera de valorizar la experiencia humana y de emplearla para resolver los problemas del momento. El sentido del significado y la conciencia que la vida de cada hombre representa refleja una perspectiva única del universo. La suma de estas perspectivas llega a ser la fuente determinante de la política gubernamental. El hecho de que las experiencias individuales sean frecuentemente contradictorias y su sentido incompatible con el derivado de otras experiencias da su propia función al proceso democrático. El proceso es, de hecho, la asimilación de todas las contradicciones de la experiencia de la vida, y por medio del ensayo y el error el descubrir qué significado y qué dirección revela el conflicto básico. Por consiguiente, el gobierno es el conducto de todos estos valores, esto es, el sentido de dirección implícito en la experiencia social total. La falta de certidumbre que puede descubrirse no es sino prueba de las contradicciones internas y la política cambiante resultante de la experiencia cambiante es el método necesario y esencial de la democracia. La función principal del gobierno es la de procurar el mantenimiento del equilibrio. Cuando más, sería un instrumento neutral que representara a todas las instituciones y su impacto total sobre la sociedad. Realizaría una transacción diaria entre ellas.

Sin embargo, la sociedad no está compuesta simplemente de distintas instituciones en conflicto constante entre sí. También consiste de hombres que son miembros de todas estas instituciones, cada una de la cuales refleja en su carácter, creencias y ambiciones, la impresión variable que les ha dado la experiencia de la vida. El hombre no vive únicamente en un número de instituciones; en realidad vive en una sociedad hecha de estas instituciones. Pero las instituciones mismas contienen innumerables grupos e individuos

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cuya experiencia es variable, cuyas necesidades son privadas y cuyos fines son particulares. Por esta razón, la sociedad es el almacén dentro del que pueden desarrollar su esfuerzo y ellas, cada una a su vez, tratan de moldear la estructura social a sus fines privados, de grupo o institucionales. El individuo, el grupo o la institución pueden ser afirmativos y actuar con ciertas finalidades, pero la sociedad no es así; es la suma de todas las fuerzas, pasadas y presentes en juego, de las ambiciones en función, de todos los movimientos en conflicto. La sociedad es tanto el recipiente como el molde, pero el molde da al contenido una especie de cohesión interna. No es simplemente un vacío. Contiene el residuo de toda la experiencia pasada. El residuo es el *ethos* y cada sociedad tiene un *ethos* propio que la distingue. Por lo tanto, la sociedad no es algo informe, sin fundamento y sin cristalizar, o simplemente la reunión de un número de instituciones. Por el contrario, mientras no tiene un propósito o dirección propios, sí tiene en cambio un contenido derivado de la labor anterior de un sinnúmero de esfuerzos humanos, de esperanzas realizadas y de fracasos. Este contenido, este *ethos*, se torna en el almacén de las actividades presentes y futuras de todos sus miembros, todos sus grupos, todas sus instituciones; porque, sin intentar definir el *ethos* de la época, define a su turno los objetivos y da dirección a la voluntad y a las labores de todos los hombres e instituciones que componen la sociedad.

Ni los hombres ni las instituciones laboran en un vacío moral. Si lo hicieran, trabajarían sin ningún propósito. La vida en un mundo sin *ethos* sería completamente inútil. El *ethos* no es ni la ley ni la letra escrita, no es ni la fe ni la profecía: es el sentido fundamental de proporción y propiedad que da la ley, la palabra escrita, la fe y la profecía, por la fuerza lógica que puedan tener. Por tanto, es más amplio que cualquier doctrina o fórmula específica y que todas las fórmulas juntas que se sostengan inconscientemente. Este es un caso en que el todo es mayor que la suma de sus partes.

No es verdad que los hombres adviertan el buen fin al que está destinado la sociedad, como está implícito en la sentencia de Aristóteles. Si tuviera un fin reconocible tendría un sentido de orientación, pero el único sentido de orientación en cualquier sociedad está representado por los fines en conflicto de sus integrantes. Por lo tanto, hablar de la sociedad como establecida para algún propósito

EL EQUILIBRIO DE PODER

o dirigida hacia algún objetivo es imputar a una sociedad en marcha, con especial énfasis, valores que ya posee. Pero el sistema de valores implícito, el *ethos*, es el resultado de una experiencia infinitamente variable. El verdadero bienestar de una sociedad, por esta razón, estriba más bien en la diversidad que en la identidad de intereses. Mientras más grande sea la variedad de grupos, más rica es la comunidad y mayor la seguridad de una continuada armonía. La armonía más adecuada para una sociedad es una que proviene de tensiones, esfuerzos, conflictos y desaveniencias internos. Donde el desacuerdo es universal, los hombres pueden estar de acuerdo sobre detalles, tienen demasiadas cosas en común para desarticular la sociedad. La divergencia de intereses dentro de la comunidad, en el mayor número posible de fuerzas encontradas y multifacéticas, es la condición de la controversia saludable y de la paz social. Es un error fundamental tratar de conseguir unanimidad en todas las cosas o aun en muchas cosas. El acuerdo por una mayoría operativa, sí, pero aún aquí ese acuerdo es mejor cuando sólo es transitorio y cuando se consigue por razones cambiantes. En la sociedad, unanimidad y muerte son sinónimos. El conflicto, la lucha, la divergencia, la diferencia de intereses y opiniones sobre muchas causas y en diversos grados de intensidad, son las condiciones de una paz social. Los procesos en conflicto de la democracia son compatibles con las luchas y los esfuerzos de la vida misma, y parte integrante de los mismos.